

Las ideas sobre la felicidad en Rusia, siglos XVII-XVIII*

O. E. Kosheleva

El problema de la felicidad no se encuentra, de ningún modo, en el centro de la atención de las fuentes rusas medievales. La causa reside, posiblemente, en que el tema de la felicidad humana, terrenal, preocupa básicamente a la cultura laica y no a la religiosa, aunque esta última tiene su propio punto de vista al respecto. De acuerdo con éste, la felicidad terrenal es ilusoria y efímera y su persecución, si relega la búsqueda de la salvación del alma, puede trocarse en eterna desdicha. La verdadera felicidad radica en el servicio y complacencia de Dios, en el elogio de la santidad y en la esperanza de la salvación eterna. No obstante, en la vida cotidiana existía una particular interpretación de la felicidad, si bien rara vez logró reflejarse en los textos escritos. Filosofar sobre el tema de la felicidad era un lujo que sólo podían permitirse aquellas capas de la población que no tenían que concentrar todas sus energías en la supervivencia, en la lucha por el sustento. La felicidad, para la mayoría de las personas de escasa fortuna en la sociedad rusa antigua, se acercaba a la idea de “bienestar”, consistiendo ésta en alcanzar la opulencia y librarse de los trabajos excesivos. Estas nociones utópicas sobre la felicidad pueden encontrarse reflejadas en una obra laica del siglo XVII denominada “Leyenda sobre la vida suntuosa y la alegría”. En ella se habla de un país lejano donde reina la despreocupación y existe gran abundancia, donde no hay que hacer nada, sino regocijarse.¹

Nociones más próximas a la vida real sobre la felicidad-bienestar se encuentran expresadas en los parabienes de los padres a los hijos, porque ¿qué otra cosa pueden desearles los padres, sino una vida feliz? Generalmente, los progenitores formulaban oralmente estos deseos antes de morir, al despedirse de sus allegados. Sin embargo, en algunos casos, cuando el moribundo se encontraba

* Tomado de la revista *Casus, lo Individual y lo Único en la Historia*, Rusia, Instituto de Historia Universal, Academia de Ciencias de Rusia, 2002, pp. 108-117. Traducción de Rina Ortiz.

¹ “Skazanie o roskoshnom zhitii y veselii” (Leyenda sobre la vida suntuosa y feliz), texto preparado por A. M. Panchenko, en *Pamyatniki literatura Drevnei Rusi, XVII vek* (Monumentos literarios de la Antigua Rusia, siglo XVII), Libro 2, Moscú, 1989.

lejos del hogar, dichos parabienes tenían que introducirse en el texto de los testamentos. Tal es el caso del extenso testamento de Iván Golová Solovtsov, un noble que vivió a finales del siglo XVI, principios del XVII.² Los bienes que él rogaba a Dios concediera a sus hijos eran:

1. En primer lugar, y como lo más importante, “la salvación del alma” y “la salud del cuerpo”.
2. “Instalarse en los aposentos reales, estar frente al zar y gozar de la protección del zar.” Servir directamente al zar en la corte, estar a su lado, bajo su protección, era el pináculo de la carrera de un noble, pero los Solovtsov eran nobles menores, estaban demasiado lejos del zar. No obstante, para un hombre que se encontraba en una posición social inferior, alcanzar una más elevada y prestigiosa, de valor a los ojos de la sociedad, era considerado la felicidad.
3. “Engrandece, Señor, su nombre y el de sus hijos y el de los hijos de sus hijos y aumenta, Señor, su linaje de generación en generación, por los siglos.” En otras palabras la conservación de la estirpe, pero no simplemente, sino con descendientes ilustres y célebres, es lo que desea el padre a los hijos.
4. “En las batallas contra los heterodoxos [concédeles] valor y gallardía y fortaleza, y en la guerra, vencer al enemigo”. Aquí se refiere, por así decirlo, a las cualidades profesionales del noble militar, que le permitirían ganar gloria.
5. “Multiplica, Señor, sus aldeas, que prosperen sus casas con esclavos, esclavas y toda clase de ganado.” Nos parece que aquí sobran comentarios.
6. “Concédeles, Señor, en su vida, percibir todo lo hermoso del mundo.” Es curioso este deseo que menciona la percepción de la belleza del mundo, como un componente indispensable para la vida feliz.
7. En los días de aflicción, el padre desea a los hijos tener “justo discernimiento y paciencia”, para no caer en la desesperación, que era considerada uno de los pecados más terribles.
8. El último deseo, alcanzar a confesarse antes de morir. Uno de los castigos divinos era la muerte inesperada, cuando el individuo no consigue arrepentirse ante su padre espiritual y su alma entra en la nueva vida cargada con los pecados terrenales.

Desde luego Iván Solovtsov no recoge todo lo antes dicho en el concepto “felicidad”, ni siquiera utiliza esa palabra, pero, a mi juicio, él traza el contorno de los principales elementos que, tomados en conjunto, representan el destino feliz de un noble, una suerte con la que cualquiera apenas si puede soñar. Sin embargo, nos referimos al destino dichoso de los nobles en general, al de cualquier noble ruso, mientras que el concepto “felicidad” posee



² Testamento de Iván Golovy Solovtsov, 1594-1595, en *Sbornik dokumentov po istorii SSSR*, t. 3 (siglo XVI), Moscú, 1972, p. 113. Este documento fue analizado por primera vez por V. D. Nazarov.

*“Procura, a lo largo de tu vida
y con mayor razón, temer,
amar y venerar a Dios
Todopoderoso, nuestro Creador,
y confiarle todo a Él. Nunca te
arrepentirás de ello [...] y siempre
deposita en Él tus esperanzas y
anhelos. Serás feliz si cumples esto.”*

además un aspecto individual, basado en la visión personal de la felicidad. Uno encuentra la felicidad en la familia, otro en el campo de batalla, el tercero en los palacios reales, el cuarto en la celda de un convento. Sin embargo, no alcanzo a percibir este aspecto personal de la felicidad en las fuentes antiguas rusas. Sólo es posible suponer que también para cada uno de los dos hijos de Iván Solovtsov la idea de la felicidad, en su actual sentido, consistía en algo diferente; no obstante, en la concepción individual de la felicidad ellos veían solamente “deseos vanos”, aspiraban a alcanzar las normas del bienestar señaladas por su padre y aceptadas comúnmente.

Siglo y medio después, en las memorias de un hidalgo de nombre Andrei Bolotov, encontramos deseos de felicidad para su hijo, expresados también de forma genérica y en el lecho de muerte. Bolotov “lega” al hijo el conocimiento de un determinado “módulo” de la felicidad, de cuya aplicación vendría todo lo demás: “Procura, a lo largo de tu vida y con mayor razón, temer, amar y venerar a Dios Todopoderoso, nuestro Creador, y confiarle todo a Él. Nunca te arrepentirás de ello [...] y siempre deposita en Él tus esperanzas y anhelos. Serás feliz si cumples esto.”³ Un texto de sentido similar se encuentra en los apuntes de Iván Mijáilovich Dolgorukii⁴ para sus hijos. Dichos apuntes reflejan la idea muy extendida en la época de que la felicidad del hombre se encuentra en manos de Dios y que un hombre verdaderamente creyente, confiado en Dios, no tiene de qué preocuparse.

Es necesario señalar que la propia bendición paterna, no eran simples palabras y buenos deseos, sino que se percibía como un acto sagrado, que protegía a los hijos de la desdicha y procuraba su fortuna. La bendición de los padres era portadora de la protección divina, sin ella no era posible esperar un destino afortunado. Precisamente el joven héroe del relato “Gore-Zlochastii”,⁵ la había perdido y no podía protegerse con nada de la aflicción que lo perseguía. “Las buenas gentes” aconsejan al joven hacer las paces con sus padres y recibir su bendición, lo cual intenta conseguir, pero la desgracia (Gore) le impide por todos los medios acercarse a sus padres, al parecer, temiendo perder su poder.

Confiar en la protección divina y contar con la bendición de los padres era el camino para conseguir la felicidad en la vida. Otras vías, como la adivinación o el recurrir a medios mágicos o, finalmente, al espíritu del mal, estaban condenadas, pero no por

³ *Zhizn I prikliuchenia Andrey Bolotova, opisannie im samim* (Vida y aventuras de Andrei Bolotov, descritas por él mismo), obra en tres tomos, Moscú, 1993, t. 1, p. 119.

⁴ “Avtobiografía otsa moego kniazya Ivana Mijailovicha Dolgorukogo” (Autobiografía de mi padre Iván Mijáilovich Dolgorukii) en *Moskvityanin*, 1844, Libro 1, 1845, Libro 2.

⁵ “Povest o Gore-Zlochastii” (La historia de Gore-Zlochastii), edición preparada por E. I. Vaneeva, Moscú, 1988. Literalmente el título del relato se traduciría como “La historia de Pena-desventura”, siendo éste el nombre del personaje principal.

ello, dejaban de utilizarse.⁶ La literatura burguesa del siglo XVII muestra a personas que intentaron inclinar hacia sí la felicidad, véase por ejemplo los relatos sobre Savva Grudtsin⁷ o sobre Ordin-Nashokin.

En el siglo XVIII las reflexiones sobre lo que era la felicidad del hombre, ocuparon un lugar constante en la cultura laica tanto a nivel cotidiano, como filosófico. El concepto “felicidad” aparecía necesariamente en los textos de carácter autobiográfico, ya que permitía, de alguna manera, valorar la propia vida o alguna de sus etapas,⁸ o en las novelas donde el amor feliz o la fortuna se convirtieron en líneas temáticas indispensables, o en los tratados filosóficos donde se reflexionaba sobre los efectos de la fortuna, etc. A partir de entonces la felicidad, concebida no tanto como bienestar, sino como suerte, comenzó a llamar la atención de los autores: en el siglo XVIII el hombre “feliz” es, en primer lugar, un hombre afortunado. Se identificaba a los hombres que perseguían la felicidad con aquellos que fundaban sus esperanzas en un suceso afortunado y con los aventureros que lo sabían aprovechar, figuras que abundaron en el siglo XVIII.⁹

Pero, al mismo tiempo, en el siglo XVIII permanece la idea previa de que para el entendimiento humano es ininteligible lo que es la felicidad y lo que no lo es. ¿Puede el individuo por sí mismo construir su propia felicidad? ¿O es solamente un juguete en manos de fuerzas desconocidas? Dentro del pensamiento cristiano y ortodoxo, una de las respuestas a estas preguntas consistía en que se debía ser mesurado al expresar la alegría por la propia fortuna, ya que el individuo no podía entender el verdadero significado de lo que le sucedía; la felicidad de hoy puede entrañar la desgracia de mañana. De la misma manera, el hombre no debe intentar rectificar su destino, ya que no sabe a dónde podría conducirlo.

⁶ Véase O. D. Zhurabel “Suzhet o dogovore cheloveka s diabilom v drevnerusskoi literature” (El tema del pacto del hombre con el diablo en la literatura rusa antigua), Novosibirsk, 1996.

⁷ En la “Historia de Savva Grudtsin”, el héroe es el hijo de un rico mercader, con un destino semejante al de Fausto. Es el diablo mismo quien acompaña a Savva en todas sus aventuras. Sin embargo, a diferencia del Doctor Fausto, el ignorante Savva, sin darse siquiera cuenta cae bajo el poder del demonio. El hijo del mercader se entrega al libertinaje, ignora las súplicas de sus padres y con la intervención del demonio alcanza hazañas en la guerra. Sin embargo, la gloria tiene su precio y Savva cae gravemente enfermo. Es la virgen quien lo salva de los “endemoniados” tormentos, después de ello Savva entra en un monasterio, dedicando su vida a la oración y el ayuno. (N. del T.)

⁸ Véase V. V. Nurkova, “Svershennoe prodolzhaetsa: psilogiia avtobiograficheskoi pamyati lichnosti” (La obra continúa: psicología de la memoria autobiográfica), Moscú, 2000.

⁹ Véase A. Stroev, “Tie kto popravliaet fortuna. Avantiuristy prosvieshenia” (Los que enderezan la fortuna. Los aventureros de la ilustración), Moscú, 1998; S.A. Ekshtut, “Sluchai kak sudba, ili avantiurist: admiral Osip de Ribas” (La casualidad como destino o el aventurero: el almirante Osip de Ribas), en S. A. Ekshtut, *Na sluzhbe rossiskomu Levifanu* (Al servicio del Leviatán ruso), Moscú, 1998.



Siempre y en todo aténganse a la Providencia. Ella sabe mejor hacia dónde nos conduce. Conserve el honor, la honestidad y la magnanimidad de espíritu y serán ustedes felices con la tranquilidad de su conciencia.”

En el cuerpo de cadetes de la época de Catalina la Grande —recordaba un noble, héroe de la guerra de 1812, de nombre Serguei Nikoláevich Glinka— se enseñaba religión. El inspector del cuerpo recomendaba al cura utilizar en las clases la obra de Voltaire, *Zadig*, ya que, en su opinión, en ella Voltaire presenta ejemplarmente los caminos de la Providencia. En esencia, el relato refiere que Zadig y el Ermitaño emprenden un viaje juntos. El Ermitaño hace jurar a Zadig que guardará silencio sean cuales fueren las acciones que ejecute el Ermitaño. Y éste, efectivamente, se conduce de la manera más extraña: agravia a las personas buenas con las que se encuentra y recompensa a los malvados. Al final del relato el Ermitaño explica su conducta a Zadig: “Me encontraste leyendo un libro y me preguntaste su título. Contesté que era el libro de los Hados. Intentaste echarle una ojeada, pero admitiste que no entendiste ni una palabra. Por eso te pedí callar hiciera lo que hiciera.” Después le explica que cada uno de sus actos partía de que él conocía el destino posterior de las personas con las que se encontró, y hacía como si lo corrigiera. “Pero ¿quién te descubrió todo esto?”, le preguntó Zadig. “¡El libro de los Hados —contestó el Ermitaño—, del que no entendiste ni una palabra! Poco importa si no lo entendéis, sino que por imprudencia os atreváis a censurar los caminos de la Providencia, que a pesar de vuestro desatino, siempre y en todo lugar se preocupa por vosotros.”

La “providencia” en este relato no es la fortuna ciega, sino cierta fuerza moral que incita al bien y castiga el mal. Por ello, el preceptor de los cadetes pudo extraer de la lectura una enseñanza moral, diciéndoles: “Señores, no olviden jamás la historia de hoy. Siempre y en todo aténganse a la Providencia. Ella sabe mejor hacia dónde nos conduce. Conserve el honor, la honestidad y la magnanimidad de espíritu y serán ustedes felices con la tranquilidad de su conciencia.”¹⁰ Al parecer S. N. Glinka, que aún en su vejez recordaba esta lección, se guió por ella toda su vida.

Tanto en la exhortación de Bolotov a su hijo sobre la posibilidad de alcanzar la felicidad, como en la lección a los cadetes, nos encontramos ante un “imperativo moral”, pero expresado de forma distinta, en el primer caso “temer, amar y honrar a Dios todopoderoso”, en el segundo “conservar el honor, la honestidad y la magnanimidad de espíritu”; en el primer caso el control moral lo ejerce Dios, en el segundo la Providencia. “La tranquilidad de conciencia” o “el temor de Dios” que tiene el hombre, son condición indispensable para la felicidad, y como puede verse, tanto el sencillo noble, ignorante de la ciencia pedagógica, como el preceptor profesional de una de las mejores escuelas de Rusia, consideran necesario inculcar estas ideas desde la infancia. Aquí el problema de la felicidad, considerada en el aspecto moral, consiste en que el hombre no puede ser feliz ni en el bienestar material, ni en los

¹⁰ S. N. Glinka, “Zapiski” (Apuntes), en V. M. Bokova y N. I. Tsimaev (comps.), *Zolotoi vek Ekateriny Velikoi. Vospominanya* (El siglo de oro de Catalina la Grande. Memorias), Moscú, 1991, pp. 57-58.

logros, ni en el amor, ni en la actividad predilecta si lo afligen la conciencia y la vergüenza.

Algunos años antes de la mencionada clase en la Escuela de Cadetes, en la que estuvo presente Glinka, en la Universidad de Moscú se verificó otra clase en la que también se planteó el concepto de felicidad. El 10 de enero de 1756 en la universidad iniciaba un nuevo año escolar y el joven profesor de filosofía N. P. Popovskii pronunció un discurso de apertura de cursos. Popovskii falleció muy joven, y antes de morir, quemó todos sus manuscritos. De casualidad se conservaron y hasta ahora se conocen solamente dos de sus discursos universitarios. La disertación de la que hablaremos a continuación proviene de un tercer documento. En ella se plantea directamente el problema de la felicidad ante el joven auditorio. La cuestión surgió en relación con el tema de la clase de filosofía dedicada a la relación causa-efecto. El discurso del profesor Popovskii estaba construido de acuerdo con las reglas de la retórica y su premisa era la máxima: “Considera el fin de cada acción que emprendas.” Popovskii decía que las personas, por desconocimiento, por ignorancia, con frecuencia no veían las verdaderas causas de muchos fenómenos. Por ejemplo, los conceptos “felicidad” e “infelicidad” son, en cierta medida, conceptos fatalistas, utilizados por personas que por falta de instrucción no pueden comprender la relación causa-efecto que conduce a lo que la gente denomina felicidad o infelicidad. He aquí sus palabras:

Comúnmente hacemos recaer la culpa en palabras huecas, es decir, en la felicidad o infelicidad. Este error ofusca a los individuos desde la antigüedad; levantaron un templo a la felicidad, como a un dios que dispone la suerte de nuestro destino. Sin embargo, este error universal lo observó claramente aquél que señaló que cada cual es el causante de su felicidad o infelicidad; es decir, si siempre observáramos qué consecuencias y cambios puede acarrear cada acción, entonces todas nuestras acciones serían venturosas o bien no emprenderíamos lo que a la larga puede contribuir a nuestro infortunio.¹¹

De este modo, Popovskii considera la felicidad de una forma completamente distinta de lo que señalamos en los dos ejemplos anteriores. No son las fuerzas superiores, sino el propio hombre, apoyado en la razón y el conocimiento, quien construye su propia felicidad. El destino del hombre se aparta de las manos de Dios y se entrega a las del hombre. Ésa es la idea de la felicidad surgida en el siglo del racionalismo y la Ilustración. El tipo de personalidad aventurera que aparece en el siglo XVIII al parecer se conduce con razones similares, de modo que las reflexiones de Popovskii no eran exclusivamente académicas.

¹¹ O. E. Kosheleva y B. M. Morozov, “Neizvestnaya rech Nikolaia Poposkogo” (Un discurso desconocido de Nikolai Popovskii), en *Istoria SSSR* (Historia de la URSS), 1980, núm. 3, pp. 158-159.

El destino del hombre se aparta de las manos de Dios y se entrega a las del hombre. Ésa es la idea de la felicidad surgida en el siglo del racionalismo y la Ilustración.

La propia emperatriz Catalina II tenía una opinión semejante sobre la felicidad, según se observa en sus apuntes: “La felicidad no es tan ciega como se cree comúnmente. Con frecuencia no es sino la consecuencia de medidas acertadas y firmes, inadvertidas para la masa, pero que, sin embargo, conforman dicho acontecimiento. Y todavía con mayor frecuencia es el resultado de las cualidades personales, del carácter y la conducta.

Para demostrar mejor esto, pondré el siguiente silogismo:

Primera premisa: cualidades y carácter

Segunda premisa: conducta

Conclusión: felicidad o infelicidad

Y para él, dos modelos ejemplares:

Pedro III-Catalina II¹²

Regresemos, sin embargo, a la clase de Popovskii, que no se inclinaba a suponer inocentemente, que mediante la razón se podían calcular todas las mudanzas del destino. Tampoco pasa por alto la Divina Providencia, sino considera que su participación en la vida es un hecho posible pero muy raro. Lo que antes se consideraba norma, ahora se inscribe en la excepción:

Por cierto —dice nuestro autor— no se me oculta que a veces las mudanzas que nos ocurren no dependen de nosotros y que deben atribuirse a los designios especiales del ser supremo. Pero tales casos deben contarse entre las excepciones. A más de esto, los sucesos excepcionales no deben oponerse al acontecimiento y experiencia corriente y general de que nuestra felicidad o infelicidad en gran medida dependen de nosotros mismos.¹³



En la segunda parte de su discurso Popovskii señala que “cada acción debe acometerse con un propósito encomiable”. Ahora nosotros, explica a sus alumnos, iniciamos el estudio, considerémoslo desde la posición antes referida, ¿hacia dónde nos conducirá? Y en este punto Popovskii se refiere también a las cuestiones morales. Desarrolla la idea de que la ciencia sin virtud es imposible y llevará a resultados falsos, sin embargo, el virtuoso puede perfectamente prescindir de la ciencia. “Ya que —dice— nuestra felicidad consiste o bien en la sola virtud, o en el conocimiento unido a la

¹² “Zapiski imperatritsy Ekateriny II” (Apuntes de la emperatriz Catalina II), Londres, 1859, p. 1, en *Rossia XVIII stoletya v izdaniyay Volnoy Russkoi Tipografii A. I. Hertzena i N. P. Ogariova. Zapiski imperatritsy Ekateriny II. Reprintnoe vosproizvedenie* (Rusia en el siglo XVIII en ediciones de la Tipografía Libre Rusa de A. I. Hertzen y N. P. Ogariov. Apuntes de la emperatriz Catalina II. Reedición facsimilar), Moscú, 1990.

¹³ *Ibidem*, p. 159.

virtud, mientras que la patria funda su mayor bienestar y felicidad en nuestra propia ventura. Ella [la patria] estima en más la virtud sin ciencia que la ciencia sin virtud. Si estos dos elementos se unen, esta dicha no se trocaría por ningún tesoro.”¹⁴

Y si hasta este momento las ideas de Popovskii se contraponían abiertamente a la opinión general de que el hombre no es dueño de su destino, frente al “imperativo moral” denominado por él “virtud” como condición indispensable para la felicidad, este autor no se aparta del pensamiento de sus contemporáneos.

De este modo, en la Rusia del siglo XVIII el problema de la felicidad se incluía en los procesos educativos y formativos y comenzaba a analizarse en la infancia y juventud. El objetivo mismo de la educación, en opinión de Catalina II, consistía en alcanzar la felicidad del hombre.

En este artículo hemos examinado apenas una minúscula parte de las fuentes nacionales que se refieren a la felicidad, sin embargo muestra suficientemente las múltiples facetas del problema. Quedaron fuera muchas otras formas de concebir la felicidad: la felicidad como éxtasis, como elevación del espíritu, como exaltación emocional extraordinaria de corta duración. Se trata de un determinado estado del alma al que conducen al hombre, en primer lugar, el amor y la creación. Este estado, al que puede denominarse “instante de éxtasis” se describe tanto en el discurso religioso como iluminación divina, y más tarde en la literatura profana, sobre todo en la poesía. La felicidad como instante de estado extático sucede, por desgracia, muy rara vez y los individuos buscan su repetición como si de una droga se tratase. Su falta lleva a buscar sucedáneos de la felicidad en otros estados positivos, que la sustituyen. En este sentido, vale la pena recordar los versos de Pushkin:

En el mundo no existe la felicidad, pero están la quietud y la libertad...

O bien:

La costumbre nos han concedido los cielos,
A cambio de la felicidad.

Los diversos conceptos de felicidad crean distintas estrategias de vida para los individuos; además estas últimas en mayor medida dependen de los primeros. En un amplio contexto social, la orientación de las personas hacia “tipos” distintos de felicidad depende de las diferencias en las orientaciones de valor generales; por ejemplo, una existencia satisfecha (la felicidad como bienestar) puede ser sacrificada a una felicidad momentánea y trémula como el éxtasis (el amor, la creación, la autorrealización en la lucha, etc).

¹⁴ *Ibidem*, p. 161.

La felicidad como instante de estado extático sucede, por desgracia, muy rara vez y los individuos buscan su repetición como si de una droga se tratase.

La idea particular del individuo sobre la felicidad puede diferir de la idea generalmente aceptada en su grupo social y estimular conductas divergentes. La importancia del análisis de estos aspectos sociales del problema de la felicidad en perspectiva histórica explica el porqué los historiadores investigan un tema tan poco tradicional como es la felicidad.

El ejemplo como categoría política

Javier Gomá Lanzón

Extracto del ensayo aparecido en *El País*, sábado 11 de diciembre de 2004. Javier Gomá Lanzón es catedrático emérito de la Facultad de Derecho de la Fundación Juan March y premio Nacional de Ensayo 2004 por su libro *Imitación y experiencia*.



Hoy día no puede afirmarse que el ejemplo sea una categoría política vigente. Es, sin duda, una realidad moral cotidiana: todos vivimos en una red de influencias mutuas, somos ejemplo para los demás y los demás lo son para nosotros. También en el ámbito político la importancia del ejemplo es diariamente constatable; los políticos son fuente de moralidad o inmoralidad pública, aprueban leyes pero también generan con su comportamiento costumbres cívicas o incívicas. El ejemplo o el contraejemplo rigen la vida política a todos los niveles.

El ejemplo es una realidad política de primer orden, pero no es una categoría política en uso. Todos hablan del ejemplo y de la ejemplaridad, pero en nuestra época nunca se trata de explicar racionalmente un comportamiento por esos conceptos capitales. ¿Por qué? La causa de esta extraña disparidad entre realidad y pensamiento quizá se halle en los presupuestos culturales de la